

Niños

Sonia Arias de la Cruz

Image not found.

Capítulo 1

“Zorra es una forma de hablar, no quiere decir que piense que ella es una zorra” Eso dijo y yo puse media sonrisa mientras mirada hacia otro lado. Como siempre, miré hacia otro lado.

Los hombres estaban sentados en un lado y las mujeres en otro. La primera en levantarse para recoger la mesa, es la anfitriona, él con presumir de haber puesto los chuletones en la plancha se siente orgulloso. Se las da de chef por cocinar cinco veces al año. Mientras que ella seguramente se ha preocupado de la lista de la compra, seguramente de comprar también (aquí tal vez han ido juntos), de preparar todo lo necesario para una cena perfecta, desde el mantel hasta de la temperatura de la calefacción. Se habrá preocupado de que todos estén bien y que las copas nunca estén vacías. Seguramente, al finalizar, fregará ella con la ayuda de sus invitadas.

Ellos hablan de fútbol y ellas de hijos y puede, que de suegras. En algún momento, uno suelta el típico “a mí por el culo, ni el bigote de una gamba” y todos, casi todos le ríen la gracia. Mientras, están pensando en Raúl, al que no le conocen pareja y tiene unos gustos refinados. Él mira hacia abajo mientras ríe y piensa que jamás podrá confesarlo a sus queridos amigos. Mientras tanto, otro mira a los niños y piensa que ojalá esos peques no tengan que sufrir la intolerancia de sus padres y lo más complicado aún, que no sean como ellos.

También han hablado de política y economía, todos eruditos en ello y con la hipoteca atada al cuello, ahogándose. Y ahí están, reuniéndose algún sábado que otro en la casa de alguno de ellos porque ya no pueden ir a los restaurantes. Hay que ahorrar y además están más tranquilos porque los niños pueden corretear por la casa. De repente, uno llora y otro dice “yo no he sido”. La mamá se levanta a consolar el llanto y desde la mesa se oye un “no se pega, cariño”. Los nenes vuelven a jugar y las mamás hablan de lo consentidos que están algunos hijos de otras amigas suyas. Por el salón revolotea el eterno “¡uy! Mi hijo, no”. Carlota quiere intervenir en la conversación sobre política pero las miradas de atención de sus amigas la retienen. Sonríe.

Han hablado del último cotilleo, se ha dicho eso de “yo una infidelidad no la perdono, te arranco los huevos Manuel, ¿me oyes?”. Sofía y Antonio se miran con el pecado en los ojos.

Han dicho que normal que el infiel se fuera con otra, que su mujer le tiene recto, recto. Y que la amante es un poco zorra, que ya se ha acostado con muchos y que va al colegio a llevar a su hijo como si fuera pidiendo guerra. “Por eso no llevo yo a mis hijos, no vaya a ser que alguna lagarta me lie”, todos vuelven a reír. “Si es que no sabéis hacer nada, tenemos

que ir nosotras detrás para que lo hagáis bien”, “Ni el clítoris sabéis encontrar”, dice otra. “Pues bien que te dejé embarazada a la primera, Claudia”.

Y ella recuerda que hacía ocho meses que había dejado de tomar la píldora cuando se quedó embarazada. Samuel y Leti se miran, llevan dos años intentando ser papás, el lunes comienzan con el tratamiento.

Llega el momento del café y las copas. Las risas se disparan y los peques van amodorrándose; unos en el sofá y otros por la alfombra. El sueño va llegando poco a poco y las lenguas empiezan a trabarse. Fernando dice que como mañana solo va a cer “soffing” que se va a echar otra copa y Claudia le mira con reproche porque mañana por muy domingo que sea, los niños madrugan, hay que poner lavadoras y hacer las comidas para la semana. El mayor ya se ha acurrucado en sus brazos y está dormidito.

Cuando se marchan, discuten por quien va a conducir y a llevar a los hijos en brazos.

Antonio tropieza con Sara en brazos, ha bebido demasiado. Todos se besan y se abrazan, dando las gracias a los anfitriones y diciendo que tienen que quedar más, pero en el fondo saben que pasarán meses hasta que vuelvan a juntarse todos. Mientras tanto, seguirán enviándose chorradas por whatsapp e ignorando las cosas importantes.

David cierra la puerta y solo queda silencio en la casa. Quiere hacer el amor con su mujer, pero Marta ya se ha puesto el delantal y comenzado a fregar los últimos vasos.

Cuando terminan de recoger están demasiado cansados. Se duermen abrazados, sin hora, no tienen niños que les despierten. Piensan si han tomado la decisión acertada, si no se arrepentirán algún día. Entonces, suspiran y vuelven a abrazarse más fuerte.

Sonia Arias de la Cruz